

Iglesia Viva, n. 251
GÉNERO, RELIGIÓN Y CAMBIO SOCIAL

CRISTIANISMO, GÉNERO Y CAMBIO SOCIAL: UNA PERSPECTIVA FEMINISTA CATÓLICA

Teresa Forcades

El cristianismo no es una teoría sobre el mundo, no es una gnosis, es una praxis, una praxis de justicia y liberación. El cristianismo presupone que las personas somos libres y hemos usado en buena parte esta libertad a lo largo de la historia para traicionar la confianza que Dios había puesto en nosotras, ejerciendo la violencia y sustituyendo el gozo del amor mutuo por el horror de la desigualdad y la miseria. Presupone asimismo que esta traición ha provocado un acto de amor inaudito por parte de Dios y que gracias a este acto divino libre y creador no existe ningún grado de violencia que sea capaz de eliminar en nosotras ni en el mundo la posibilidad de comportarnos tal como Dios sigue esperando de nosotras: amando. Así, a la persona cristiana no se la reconoce por lo que dice sino por lo que hace: dar de comer a quién tiene hambre, vestir a quién no tiene con que protegerse del frío, liberar a quién languidece en prisión, desviar su camino para atender al malherido (Mt 25, 31-46; Lc 10, 25-37). Según el evangelio, este es el criterio único y simple que Dios aplica para reconocer a quienes le reconocen y le comprenden más allá de las palabras engañosas (cf. Mt 7, 21; Mt 21, 31).

Queda claro, pues, que no tiene ningún sentido plantearse un cristianismo privado, y queda claro también que si las instituciones que lo representan fueran fieles a su nombre las únicas personas que podrían desear que éstas desaparecieran del espacio público serían las que ejercen la violencia y desean seguir haciéndolo. Si fueran fieles a su nombre, las instituciones cristianas serían proféticas y perseguidas como lo fue Cristo, intolerables para el status quo como lo son las comunidades eclesiales de base inspiradas por la teología de la liberación en Latinoamérica y en todo el mundo: comunidades identificadas y comprometidas con quienes no tienen ningún tipo de poder y sufren en carne propia la violencia de la desigualdad y la miseria.

Defender, por tanto, como me propongo hacer en las páginas que siguen, la viabilidad de un feminismo católico, no equivale a justificar las infidelidades y la violencia de las instituciones católicas actuales en contra de las mujeres y a favor de las estructuras y las ideologías patriarcales. Equivale a mostrar que han existido personas y movimientos que han luchado y luchan desde dentro en contra de estas infidelidades y de esta violencia, y equivale a mostrar que esta lucha no es solamente relevante para quienes pertenecen a estas instituciones, sino para cualquier persona que crea que un mundo justo es posible y que unas relaciones de género justas son posibles.

Estructuraré la aportación del pensamiento feminista católico a las luchas feministas en las cuatro tesis siguientes:

1. El feminismo católico afirma la libertad humana y la consistencia del mundo y da sentido a la historia.
2. El feminismo católico afirma el potencial humano para la bondad y el amor.

3. El feminismo católico considera que el patriarcado es una construcción conjunta de mujeres y varones.
4. El feminismo católico integra el cuerpo y reconoce el carácter penúltimo de las distinciones de género.

1. El feminismo católico afirma la libertad humana y la consistencia del mundo y del sentido a la historia.

Estas tres afirmaciones son afirmaciones nucleares del pensamiento cristiano con consecuencias directas para el pensamiento feminista.

- sobre la libertad humana

Está claro que no todas las corrientes de pensamiento afirman la existencia de la capacidad humana de auto-propulsarse, de entrar en movimiento (externo o interno) a partir de sí misma y no forzada por ninguna causa ajena a su voluntad; y está claro que no todas las corrientes de pensamiento que la afirman la han aplicado por igual a varones y mujeres. Olimpia de Gouges fue guillotinado por pretender aplicar a las mujeres (y a los negros) los mismos derechos y libertades que la revolución francesa proclamó para los varones (blancos). Tanto las instituciones eclesiales como las revolucionarias han negado históricamente a las mujeres el reconocimiento pleno de su libertad a nivel teórico y a nivel práctico, y las han tratado con violencia. Es materia de estudio la cuestión de hasta qué punto las pioneras feministas del s. XIX deben su inspiración y su fuerza a su fe cristiana, pero lo cierto es que la invocaron explícitamente para defender los derechos de las mujeres (como también lo hicieron los negros norteamericanos para defender los suyos). Hoy en día no existe en el ámbito teológico cristiano ni en la sociedad un discurso mayoritario que niegue o minimice la libertad de las mujeres en relación a los varones, pero sí existe un discurso filosófico y científico que considera la noción de libertad humana como algo ilusorio. Los defensores del determinismo invocan los últimos descubrimientos de la neurociencia para argumentar que lo que llamamos libre albedrío es en realidad el resultado de procesos fisiológicos suficientemente complejos como para escapar a nuestro análisis, pero sometidos al fin a la cadena causal. Así, el enamoramiento se reduce a una combinación de feromonas y neurotransmisores y gana fuerza una antropología que nos convierte en marionetas. Esta tendencia filosófico-científica actual debilita todos los movimientos de lucha y cambio social y afecta también al feminismo. Sin libertad humana no es posible fundamentar la acción liberadora. El pensamiento cristiano afirma que las personas hemos sido creadas a imagen de Dios y estamos llamadas a actualizar nuestra libertad potencial mediante actos de amor de los cuáles somos siempre responsables.

El feminismo cristiano actúa en este sentido de revulsivo contra cualquier intento de construir un feminismo que no se fundamente en una antropología de la libertad, y es particularmente relevante para desenmascarar la falsedad del victimismo, sin dejar por esto de reconocer las consecuencias reales y dolorosas de las experiencias de violencia. Las personas, y por tanto las mujeres, somos vulnerables y podemos recibir heridas que nos marquen para siempre, pero nunca podemos recibir – según el cristianismo – una herida que nos anule completamente, y siempre vale la pena – según el cristianismo – trabajar para que nuestro potencial se actualice.

- sobre la consistencia del mundo

Encontramos aquí otra dimensión que ha entrado en crisis en el panorama cultural actual. Así como no es nueva la relativización de la libertad humana, tampoco es nuevo el cuestionamiento radical sobre la consistencia del mundo. ¿Quizás lo que llamamos 'mundo' es en realidad solamente un 'sueño', una apariencia de realidad? Ante este cuestionamiento radical se relativiza la importancia de la construcción social de la justicia, y la lucha por los derechos de las mujeres tiende a diluirse para dar paso a otros intereses más individuales e inmediatos. Esta relativización se observa hoy en la proliferación de teorías que niegan que exista una distinción real entre el mundo subjetivo y el objetivo, y consideran que la realidad que nos rodea es fruto de nuestra conciencia y puede ser alterada por ésta más o menos a voluntad. Esta hipertrofia de lo subjetivo refuerza en la práctica, en lugar de corregirla, la hipertrofia de 'lo objetivo' que caracteriza el determinismo descrito en el apartado anterior. En el ámbito sociopolítico, por ejemplo, coexisten aparentemente sin solución de continuidad los discursos sobre 'el fin de la historia' y la falta de alternativa al capitalismo neoliberal, con la exaltación de la capacidad creativa y el énfasis en el sujeto fluido capaz de reinventarse a sí mismo a cada paso.

Según el pensamiento cristiano, el mundo proviene de un acto creador libre que introduce una cesura entre quien crea y lo creado. Esta cesura presupone un contenerse por parte de Dios para dar paso al mundo y confiere al mundo una dignidad propia inalienable e intransferible: la plenitud del mundo no es en último término 'ser Dios' o 'regresar a Dios'; la plenitud del mundo es 'ser mundo' y entrar 'como mundo' en comunión con Dios sin perder la propia identidad. El mundo tiene una bondad propia (Gn 1,31: 'y vio Dios todo lo que había hecho y he aquí que era muy bueno'; el mundo creado no era Dios, era distinto de Dios y sin embargo era bueno). La diversidad no es sub-óptima en el pensamiento cristiano. El feminismo cristiano presupone que cada persona, y por tanto cada mujer, posee una identidad distintiva y consistente que está sostenida por un acto creador (libre) de Dios. Presupone asimismo que es posible salir del propio yo para encontrarse con 'los otros' y con 'lo otro' realmente existente y para enriquecerse en el encuentro sin perder nunca la propia identidad.

- sobre el sentido de la historia

La linealidad del progreso moderno tiende a ser sustituida en la postmodernidad por distintas versiones del eterno retorno y por la regularidad de los ciclos naturales. El 'hacia dónde' de la historia se diluye. Cada vez son más las personas que, provenientes de un entorno cultural cristiano, encuentran la posibilidad de la re-encarnación mucho más plausible y atractiva que la propuesta cristiana de la encarnación y la resurrección. La re-encarnación es individual (me ocurre a mí y solamente me concierne a mí) y es retributiva (me re-encarno más arriba o más abajo en la jerarquía de los seres vivos de acuerdo con la calidad de mis acciones en la vida pasada). La encarnación-resurrección, en cambio, me vincula indisolublemente a los demás (presupone 'un salvador' que murió no solamente por mí sino por 'todos' y que me pide que llame a Dios 'nuestro' y no 'mío') y es gratuita (no 'me la gano' con mis acciones y solamente se puede recibir como un regalo). El feminismo cristiano concibe la historia como proceso colectivo y vincula mi realización personal a la de los demás, sin eliminar por ello mi capacidad

agente que es indisociable de mi libertad. Según este feminismo, es imposible que las mujeres ricas se liberen contratando en condiciones de explotación a mujeres pobres que realicen las tareas domésticas o de cuidado en su lugar. No cabe duda que esta contratación puede reportar beneficios inmediatos tanto a las mujeres ricas contratantes como a las mujeres pobres contratadas, pero estos beneficios se consiguen al precio de consolidar un sistema patriarcal injusto. El feminismo cristiano cuestiona el llamado feminismo burgués en su deseo de obtener para un grupo reducido de mujeres los privilegios de que gozan un grupo reducido de varones, sin plantear un objetivo más amplio que implique un cambio radical del modelo social y económico a fin de evitar la explotación. Cuestiona asimismo el uso genérico del término 'las mujeres' cuando enmascara las diferencias de clase y pretende evitar la necesaria confrontación entre los intereses inmediatos de los diferentes grupos de mujeres. El feminismo blanco burgués de los Estados Unidos ha visto emerger en las últimas décadas movimientos feministas con consciencia de clase que han cuestionado el uso del genérico 'mujer' y se han contextualizado de forma explícita como movimientos 'mujeristas' (feminismo de las inmigrantes latinas) o 'womanistas' (movimiento de las mujeres negras). El feminismo no es viable sin una transformación social radical.

2. El feminismo católico afirma el potencial humano para la bondad y el amor.

¿Qué da de sí el ser humano? ¿Le es posible comportarse con generosidad y desprendimiento, o lo suyo es el egoísmo? El debate a nivel antropológico y psicológico está abierto y en él parecen proliferar las concepciones utilitaristas. Se describe a la persona como si en ella no hubiera nada más que nivel sentiente: búsqueda del placer y evitación del dolor. Es éste un tema distinto del de la libertad. Se puede afirmar la libertad negando al mismo tiempo que pueda activarse a favor del bien ajeno, especialmente si el bien ajeno comporta un perjuicio para mí. El contexto capitalista presupone que el afán de riquezas es el principal motor de la actividad y la creatividad de las personas y estructura la sociedad entorno a esta idea. La antropología cristiana, por el contrario, afirma la bondad innata del ser humano sin minimizar el problema del mal. La afirmación cristiana de la bondad ha sido fuente de compromiso a lo largo de la historia. 'Sí podemos' es un lema propio de la visión cristiana: sí podemos, podemos con la ayuda de Dios y ésta no nos va a faltar. Podemos construir una sociedad justa, podemos superar la violencia de género, mujeres y varones podemos vivir en igualdad. En esto consiste la fe: en creer que podemos, en creer que la vida humana da de sí y en actuar en consecuencia con esta creencia ante los retos concretos. El feminismo cristiano considera que tanto las mujeres como los varones estamos hechos a imagen de Dios y somos, por tanto, igualmente capaces de amar tal como Dios nos ama y de ponernos al servicio de los demás tal como Dios se puso (Mt 20,28: 'De la misma manera que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir'). El feminismo cristiano rechaza cualquier teoría que considere a las mujeres más aptas que los varones para el cuidado o para las tareas que piden más abnegación y sacrificio o más paciencia, o más ternura, o más capacidad de comprensión o más delicadeza. Todas estas cualidades las presupone el feminismo cristiano en mujeres y varones por igual, y si se dan diferencias en la práctica, las atribuye a la educación y a la presión social que aún existe por conformarse a unos modelos estereotípicos. La bondad, la abnegación, el sacrificio, la ternura, la delicadeza que le son posibles a un varón son nada más y nada menos que las que Cristo mostró. La fortaleza, la iniciativa, la valentía, la independencia, la inteligencia política, la capacidad de liderazgo, que le son posibles a una mujer son nada más y nada

menos que las que Cristo mostró. En ambos casos, no se trata de conceder a uno u otro sexo estas cualidades en un grado menor, sino en reconocer que cada persona está llamada a encarnarlas en plenitud ('sed vosotros perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto'; Mt 5,48).

3. El feminismo católico considera que el patriarcado es una construcción conjunta de mujeres y varones.

Aunque considere que mujeres y varones son igualmente capaces de amar y de orientar sus proyectos vitales en función del bien común, el feminismo cristiano podría considerar que la estructura social que llamamos *patriarcado* es una construcción de la cual los varones son los responsables y las mujeres son las víctimas. Hay muchas corrientes feministas que se identifican con este planteamiento. El patriarcado coloca a los varones en una posición de privilegio en relación a las mujeres por lo que respecta a derechos tan básicos como el acceso a la educación, la libre elección de la pareja, la terminación del contrato matrimonial, la realización de las tareas domésticas y de cuidado, o el acceso a la representatividad política, social o religiosa en la propia comunidad, entre otras. Parece lógico y obvio presuponer que las mujeres, si tuvieran oportunidad de elegir, no elegirían nunca un sistema que las discrimina de esta manera. Pero el corolario de este planteamiento es que las mujeres no han tenido la oportunidad de elegir. Y esto es difícil de mantener históricamente: ¿por qué no han tenido las mujeres la oportunidad de elegir y sí la han tenido los varones? Hay diferentes teorías, pero todas se sustentan finalmente sobre dos hechos incontrovertibles: que los varones son más fuertes físicamente y se han impuesto mediante la violencia, y que las mujeres se quedan embarazadas y tienen que cuidar a los hijos que no paran de nacer durante su edad fértil si la mujer es sexualmente activa y no existe una contracepción eficaz. Y, sin embargo, por incontrovertibles que sean estas dos constataciones, no son en sí mismas suficientes para explicar el origen del patriarcado. Que los varones en general sean más fuertes físicamente no presupone que estén dispuestos mayoritariamente a ejercer la violencia en contra de las mujeres ni a dar su apoyo a un sistema basado en esta violencia; y aunque así fuera, no es cierto que las mujeres no tengan más remedio que doblegarse ante la violencia, ni mucho menos que tengan que justificarla, defenderla o instalarse en ella tal como ha ocurrido a lo largo de la historia y sigue ocurriendo hoy. Del mismo modo, el hecho que las mujeres en edad fértil antes de que existiera la contracepción efectiva tuvieran un embarazo tras otro, tampoco justifica por sí mismo que apareciera y se perpetuara una sociedad que les atribuye menos derechos que a los varones. ¿Por qué debería de haber ocurrido? ¿Cuál es la lógica? El varón prehistórico defiende a la tribu y va a cazar, de acuerdo. Pero, ¿por qué su tarea debe considerarse más importante que la tarea de dar a luz a los hijos y encargarse del cuidado de la casa y de la preparación de los alimentos? El patriarcado tal como ha aparecido y se ha mantenido en la historia, tiene un componente ideológico que va más allá del ejercicio de la violencia y no está motivado tampoco por el hecho que las mujeres sean quienes paren a los hijos y los amamantan. A partir del texto bíblico nace otra teoría para explicar el patriarcado: el patriarcado no es fruto de ninguna situación natural (mayor fuerza física de los varones, maternidad de las mujeres), ni tampoco es fruto de la acción del varón en contra de la mujer. El patriarcado nace del miedo de la mujer y del varón a vivir la amistad libre y gratuita que Dios les ofrece. Según el cristianismo, Dios ha creado al varón y a la mujer y los ha creado para que se relacionen en pie de igualdad. Este es el sentido del primer relato del Génesis y también del hecho que en el segundo relato Eva

no derive de la cabeza ni de los pies de Adán, sino de su costado: según un midrash medieval, si Eva derivara de la cabeza de Adán sería superior a él; si derivara de sus pies, sería inferior a él; deriva de su costado, del punto medio de su cuerpo, con lo cual se significa que está a su mismo nivel. Pero nos queda aún por explicar el hecho nada baladí que la mujer, según el segundo relato del Génesis, ‘derive’ del varón: ¿no es esto, en si mismo e independientemente de si la derivación se produce a partir de la cabeza, de los pies o del costado, un signo de inferioridad para ella, de superioridad para él? Así lo interpreta, por ejemplo, la primera carta a Timoteo: ‘No permito que la mujer enseñe, ni que suplante la autoridad del varón, sino que debe ser discreta. Porque Adán fue formado primero, Eva después’ (1 Tim 2,11-15). La interpretación del segundo relato del Génesis en clave de inferioridad femenina ha sido una constante a lo largo de la historia. La teología feminista tiende a considerar este texto fruto de la influencia de la cultura patriarcal en la que fue escrito, y no fruto de la inspiración divina, puesto que si lo consideramos fruto de la inspiración divina y lo leemos como un texto subordinacionista, entonces quedaría legitimada la subordinación de las mujeres a los varones desde el punto de vista del cristianismo. Como fruto de la inspiración divina y en clave subordinacionista lo leen naturalmente quiénes defienden el patriarcado desde una perspectiva religiosa cristiana. Existe sin embargo una interpretación feminista cristiana que considera este texto inspirado por Dios, pero no lo interpreta de forma subordinacionista y que, además, nos propone una teoría del origen del patriarcado mucho más sugerente que las teorías sobre la violencia masculina o la maternidad femenina.

Esta interpretación es la siguiente:

- el primer relato del Génesis fundamenta la igualdad básica entre mujer y varón sin introducir ningún tipo de derivación de la mujer a partir del varón, sin hacer preceder la existencia de él a la de ella, sin darle a él ningún dominio sobre ella (Gn 1,27); en este versículo, el sustantivo ‘adam’ se refiere al ‘hombre’ como noción genérica (‘ser humano’); para indicar ‘varón’ se utiliza el sustantivo ‘zakhar’ y para indicar ‘hembra’ el sustantivo ‘neqeva’
- en el segundo relato del Génesis aparece el mismo sustantivo que en el primer relato se refería al ‘ser humano’ sin distinción de género (‘adam’) para referirse al varón y se utiliza el sustantivo ‘ishah’ (esposa) para referirse a la mujer (Gn 2,7 y Gn 2,18-25); la mujer en tanto esposa ‘deriva’ del varón-adam; el varón se designa indistintamente con el sustantivo ‘ish’ (esposo, varón en tanto que aparejado con la mujer), y con el genérico ‘adam’, mientras que a la mujer se la designa solamente con el sustantivo que indica relacionalidad respecto al varón (ishah, esposa)

Desde una perspectiva antropológica no-relacional, el segundo relato del Génesis resulta irrecuperable para el feminismo, puesto que Dios mismo se presenta como garante de un orden asimétrico entre los sexos, al atribuir al varón una identidad previa a la existencia de la mujer, mientras que a la mujer se le reconoce solamente una identidad en relación al varón. Ahora bien, el texto no defiende esta visión asimétrica; el objetivo del texto es precisamente mostrar la frustración, la inviabilidad del proyecto antropológico no-relacional que Dios y Adam-varón parecen compartir en un primer momento; el texto expresa con el recurso mítico y narrativo propio de la cultura en que fue escrito, la realidad dramática del varón que se absolutiza a si mismo y se erige en

representante de lo humano en solitario, sin tener en cuenta a la mujer; según el relato bíblico es éste un proyecto inviable, que no le permite al varón alcanzar su plenitud humana; pero es un proyecto real que emerge una y otra vez en la historia, en las consciencias varoniles y en sus falsos dioses; el relato bíblico desautoriza la fantasía de la realización solitaria de lo humano tanto para varones como para mujeres, y de ningún modo introduce la subordinación de la mujer al varón puesto que decreta explícitamente que es el varón quien tiene que desplazarse hacia la mujer y no al revés (Gn 2,24); este texto no legitima tampoco la superioridad de la mujer puesto que el único motivo por el cual es el varón el que debe desplazarse es que en el texto es el varón quién se encontraba en la posición no-relacional.

Antes de introducir el relato del pecado original y del origen del patriarcado, se impone una aclaración metodológica: para el feminismo católico no es necesario legitimar todos los textos bíblicos interpretándolos de forma compatible con la liberación de las mujeres a fin de justificarse a si mismo. Hay textos en la Biblia, como por ejemplo 1 Tm 2,11-14, que son claramente patriarcales y que defienden el orden patriarcal como si éste fuera instituido por Dios. La postura del feminismo católico hacia estos textos se fundamenta en la premisa que los textos bíblicos son *inspirados* pero no *dictados* por Dios, y deben interpretarse en cada momento histórico de acuerdo con la experiencia de Dios y la conciencia en evolución de las comunidades cristianas. Lo que el catolicismo reconoce como 'revelación' no es el texto escrito en si mismo, sino el texto en tanto que proclamado, interpretado y encarnado por la comunidad eclesial. La revelación cristiana no es un 'qué' sino un 'quién', un Dios vivo que ha prometido su presencia 'cuando dos o tres estén reunidos en mi nombre' (Mt 18,20).

Hecha esta aclaración metodológica, debe quedar claro que para el feminismo católico no es imprescindible interpretar de forma liberadora todos los textos bíblicos. Ahora bien, resulta para este feminismo sumamente enriquecedor profundizar en las interpretaciones alternativas de los textos a fin de descubrir nuevas perspectivas que iluminen las luchas actuales por la igualdad.

No es este artículo el lugar para un examen detallado del relato del pecado original ni mucho menos para un análisis en profundidad de su prolija interpretación y aplicación a lo largo de la historia. Sí es el lugar, sin embargo, puesto que el tema aparece con frecuencia en los debates entre el feminismo cristiano y el feminismo secular, de señalar con claridad que la subordinación de la mujer al varón solamente aparece en el texto del Génesis formando parte de un orden social no deseado por Dios, de un orden social que aparece en el mundo como consecuencia de la desconfianza y que es incompatible con la plenitud que Dios nos propone. Solamente tras el relato del primer pecado aparecen las palabras divinas que describen el orden patriarcal: 'Multiplicaré los dolores de tus embarazos; con dolor darás a luz a tus hijos; tu deseo te empujará hacia tu esposo y él te dominará' (Gn 3,16). Por primera vez aparece la noción de 'dominio' que caracteriza el orden patriarcal. Y aparece junto con el deseo de la mujer que la impulsa hacia el varón, sin el cuál es imposible de concebir el origen del orden patriarcal o su mantenimiento. ¿Por qué desea el varón someter a la mujer?, y ¿por qué el deseo de la mujer hacia el varón es capaz de hacerle aceptar a ésta la sumisión? Estas son, según el feminismo cristiano, dos preguntas centrales que todo feminismo (secular, religioso o de cualquier otro tipo), debe formularse e intentar responder a fondo; dos preguntas que, lejos de abandonar el análisis de las estructuras de opresión, de sus leyes y de sus mediaciones, nos remiten a la libertad humana y a los efectos que tales estructuras de opresión tienen

sobre ella. Puesto que ésta y no otra es la noción de pecado original: que existe una vinculación directa entre la forma de relacionarse sexualmente de nuestros padres y la forma que han tenido de organizar el mundo y de educarnos, de manera que nuestras opciones existenciales no se producen en un imaginario punto neutro entre el bien (la justicia) y el mal (la explotación), sino que aparecen sesgadas por la realidad de la explotación y deben liberarse de las falsas promesas de plenitud que este orden injusto les promete.

Así, según mi descripción del feminismo católico:

- el patriarcado es la consecuencia de no confiar en la promesa de Dios y de ninguna manera es ni un designio divino ni una consecuencia de las diferencias naturales entre mujeres y varones; el patriarcado podría no haber sido y puede dejar de ser
- las estructuras patriarcales se fundamentan en el miedo y la desconfianza: Dios había prometido y sigue prometiendo una vida feliz (se puede comer sin límites del árbol de la vida; Gn 2,9 y Gn 2,15-16), a condición que no se absolutice el propio juicio sobre la realidad (prohibición de comer del árbol del bien y el mal: prohibición de absolutizar la propia mirada sobre el mundo y condenar la de los demás; Gn 2,17)
- la mujer (con su miedo a la soledad que la impulsa a aceptar la sumisión) y el varón (con su miedo a la dependencia que le impulsa a dominar a su compañera) son corresponsables del orden injusto del mundo (pecado original) y son responsables del origen y el mantenimiento del patriarcado ¹
- el hecho que el relato bíblico presente a la mujer como la primera transgresora no es presentado por el texto como muestra de mayor responsabilidad ni como merecedor de un castigo mayor: el texto destaca que tanto el varón como la mujer pecan y que ambos reciben las consecuencias negativas de ver su relación libre y amorosa transformada en relación de dominio y sufrimiento; en este sentido, una de las tareas del feminismo cristiano sigue siendo la lectura crítica de la interpretación patriarcal de este texto a lo largo de la historia, empezando por la interpretación que aparece en otros textos que también pertenecen a la Biblia (cf. 1 Tim 2,13; 1 Cor11,3-12; Ef 5, 22-24; Ti 2,5)

4. El feminismo católico integra el cuerpo y reconoce el carácter penúltimo de las distinciones de género.

Hoy en día, desde la teoría *queer*, se cuestiona la realidad de la división binaria de género y de sexo y se proclama la necesidad de eliminar cualquier etiqueta que genere expectativas sociales en relación al comportamiento adecuado de una persona y limite en la práctica la libre expresión de sus deseos y preferencias. Así, por el mero hecho de clasificar a alguien como 'hembra' o 'varón', estaríamos en realidad violentando la

¹ Para una ampliación de este punto, ver Forcades, T. Hacia una sociedad de iguales. *Iglesia Viva*, n. 239, pp. 31-48.

originalidad de su existencia única. Deberíamos ser capaces de mirar a cada recién nacido con una mirada nueva y darle a cada persona un nombre único exento de etiquetas clasificatorias que reconozca lo inédito de su presencia en el mundo. La perspectiva 'queer' nace en los años noventa a partir de las luchas de las personas homosexuales en Inglaterra. Se les llamaba 'queer' como un insulto (equivalente a 'extraño', 'inusual') y ellos se apropiaron el adjetivo para indicar la importancia de no clasificar a nadie y dejar que cada persona se exprese libremente. Este afán desclasificador casa muy bien con el individualismo que promueve la sociedad neoliberal, pero dificulta la lucha social por los derechos colectivos e invisibiliza en la práctica a los grupos discriminados. ¿Qué sentido tiene organizarse como colectivo de mujeres si rechazamos la etiqueta 'mujer'? Si la etiqueta 'mujer' tiene algo que ver con la posibilidad de quedarse embarazada: ¿no sigue siendo cierto por mucho que desclasifiquemos a nivel teórico, que hay cuerpos que pueden quedar embarazados - tras una violación, por ejemplo - y cuerpos que no? Darse cuenta de los límites de cualquier clasificación es fundamental, pero es fundamental también darse cuenta que hay características corporales e incluso de deseo sexual que no se escogen y que quedan violentadas cuando se las considera únicamente bajo el prisma de 'la libre elección'. Aunque hoy en día aumentan a gran velocidad las posibilidades de modificar el propio cuerpo, sigue siendo cierto que existen límites, sigue siendo cierto que estas modificaciones no se consiguen sin riesgo y efectos secundarios, y sigue siendo cierto que solamente son accesibles a una minoría con alto poder adquisitivo. Para la inmensa mayoría, las características corporales básicas no son fruto de una elección e incluyen, entre otras, la dicotomía básica de tener un cuerpo que puede quedarse embarazado y dar a luz o no tenerlo.

La perspectiva cristiana tiene en cuenta el cuerpo y lo toma en serio, tan en serio que afirma (afirmación inaudita) que Dios ha tomado cuerpo, que el Espíritu no debe concebirse como a-corporal sino como encarnado, solamente pensable en los límites de una identidad personal relacional capaz de realizar actos de amor libres. A la vez que afirma el carácter no-contingente del cuerpo y la imposibilidad de considerar al espíritu separado de él, el pensamiento cristiano dinamiza esta realidad corporal hacia la individualidad radical soñada por la teoría queer, y lleva hasta el límite la promesa del carácter único de cada persona y la desaparición de todas las etiquetas, incluida la sexual para dar paso a la originalidad irreductible de cada persona creada por Dios a su imagen y semejanza. San Pablo, en la carta a los Gálatas, afirma: 'Ya no hay diferencia entre judío ni griego, ni entre esclavo y libre, ni entre varón y mujer, porque todos vosotros sois uno solo en Cristo Jesús' (Gal 3,28). Debe precisarse que este 'ser uno' en Cristo Jesús se concibe como unidad a imitación de la unidad divina y que potencia, por tanto, y no elimina la distinción radical e irreductible propia de cada persona (cf. Jn 17, 21: 'Que todos sean uno; como Tú, Padre, en mí y yo en Ti, que así ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que Tú me has enviado'). En el original griego de la carta a los Gálatas, las palabras usadas para indicar 'varón' y 'mujer' son las mismas que usa Jesús en el evangelio de Mateo cuando cita el relato del Génesis que hemos discutido en el apartado anterior: '¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo hombre y mujer?' (Mt 19, 4). Así, parece que los textos bíblicos no nos permiten un análisis simple de las categorías de género o sexo, no nos permiten afirmar de forma absoluta su carácter natural como si éste fuera inmutable, ni tampoco su carácter cultural como si éste fuera maleable a voluntad. Sobre la superación de las distinciones de género, es importante citar también la siguiente afirmación de Jesús: 'porque en la resurrección no se casarán ni ellas ni ellos, sino que serán en el cielo como los ángeles' (Mt 22,30). No

parece, pues, que la plenitud de la vida humana radique según la perspectiva cristiana en la reunión de la pareja varón-hembra, cosa que indica claramente el ritual católico al proclamar que la unión matrimonial es 'hasta que la muerte separe' a los cónyuges y no más allá, no en la vida celestial que el cristianismo considera como plenitud de lo humano y que sirve de orientación a la vida terrenal y empieza ya a manifestarse en el espacio y el tiempo que le son propios.

El feminismo cristiano reconoce las categorías de 'mujer' y 'varón' y reconoce como 'reales' las diferencias corporales que han originado estas categorías, pero a la vez afirma que la plenitud humana no pasa por la pareja ni pasa por la afirmación esencializada de las categorías de sexo y género, a las cuales considera necesariamente como penúltimas y como destinadas a ser superadas en la plenitud de la originalidad irreductible del ser personal, experimentable solamente en las relaciones interpersonales amorosas y libres abiertas a todos que deberían caracterizar la comunidad eclesial.